

2009

Taller : El Capital

22 copias (05)

Rolando Astarita

**Valor, Mercado
Mundial
y
Globalización**

Prólogos:

Guillermo Gigliani

Diego Guerrero

CAPÍTULO 2

La teoría del valor de Marx

La teoría del valor de Marx constituye la base de nuestro estudio del mercado mundial. Así, la generación de valor a nivel internacional, la articulación de los espacios nacionales de valor, el tipo de cambio y la dinámica de la globalización y su relación con el imperialismo, que se tratan más adelante, se vinculan con el inicio de *El Capital*. Sin embargo, el capítulo primero de esta obra, dedicado a la mercancía y el valor, presenta importantes dificultades. El propio Marx lo reconocía cuando afirmaba que

... [l]a comprensión del *primer capítulo*, y en especial de la parte dedicada *al análisis de la mercancía*, presentará... la dificultad mayor [Marx t.1 (1999) p. 5].

Consideraba también –ver “Prólogo y epílogo a la edición francesa”- que esas dificultades se debían a que había empleado un método de análisis, la dialéctica, que hasta entonces nadie había aplicado a las cuestiones económicas. Efectivamente, la exposición sobre el valor y la mercancía está plagada de figuras como “forma y contenido”, “contradicción” y similares, que no siempre son accesibles para el lector no familiarizado con la dialéctica hegeliana. Estas consideraciones definen entonces el primer objetivo de este capítulo: ayudar a la comprensión de algunos “nudos” teóricos de la cuestión del valor. No se trata por lo tanto de un resumen que pueda evitar el esfuerzo de penetrar en el texto de Marx; por el contrario, nuestro escrito *presupone* su estudio. Nuestro segundo objetivo es contestar algunas de las críticas más frecuentes que se dirigen contra la teoría del valor trabajo. En particular, intentamos responder a quienes sostienen que no hace falta una teoría del valor trabajo para explicar los precios y la ganancia; y a quienes objetan que la teoría del valor trabajo padece de falta de universalidad, y que el trabajo humano no es cuantificable como sustancia del valor.

El problema del valor en los fisiócratas

Empezamos recordando que con anterioridad a los fisiócratas la ganancia del capital se explicaba por el intercambio; por comprar barato para vender más caro. Pero evidentemente ésta no puede constituir una explicación general, desde el momento que a nivel de toda la economía lo que alguien gana "vendiendo más caro" lo pierde otro "comprando más caro". Así, este cambio de manos de valores se convierte en un juego de suma cero, que jamás puede explicar el excedente. Por eso, y frente a esta concepción mercantilista, los fisiócratas, a quienes Marx llamó "los verdaderos padres de la economía política moderna" [(1975) t.1 p. 38], dieron un paso gigantesco cuando trasladaron la investigación sobre la ganancia desde la esfera de la circulación a la producción. Esto es, comenzaron estableciendo que es en la producción donde se genera el "plus" o excedente que aparece como ganancia. Pero pudieron dar este paso porque además lograron concebir "el valor de la fuerza de trabajo como algo fijo, como una magnitud dada" (ibid. p. 39). Y con esto abrieron el camino para descubrir el origen de la ganancia, que es a su vez la clave para el análisis de la sociedad capitalista. Para entender por qué, recordemos que "la base para el desarrollo de la producción capitalista" consiste en que la fuerza de trabajo -como mercancía perteneciente a los obreros- se enfrenta a

... las condiciones de trabajo [esto es, los medios de producción] como mercancías conservadas en la forma de capital y existentes con independencia de los trabajadores [Marx (1975) t.1 pp. 38-39].

En consecuencia era vital determinar el valor de la fuerza de trabajo (= al valor de los medios de vida del obrero), ya que una vez establecido se podía deducir el excedente, lo que se produce por encima del "costo". Los fisiócratas determinaron que había un mínimo de salario, que era una magnitud dada, a partir del cual pudieron elaborar el concepto de excedente y determinar los ingresos de las clases sociales; la determinación de este salario se constituyó en consecuencia en "el punto axial" de su teoría.

Sin embargo realizaron este avance sin tener claridad en cuanto a la naturaleza social del valor. Ellos tenían una concepción física del valor, que los indujo a pensar que sólo la actividad agrícola podía generar un excedente por encima de los insumos empleados en la producción; y hasta cierto punto era natural que la teoría se desarrollara de esta

manera, porque en la agricultura se puede "ver" físicamente el excedente. Un ejemplo lo aclara: si los trabajadores consumen 100 Tn de grano; si otras 100 Tn constituyen la semilla utilizada para la siembra y si se producen 250 Tn, resulta un excedente de 50 Tn de grano. Al homogenizar insumos y producto en términos de grano, el cálculo de la ganancia se hace sencillamente, sin necesidad de profundizar en otras cuestiones sobre el valor. Marx destaca por eso que la naturaleza del valor para los fisiócratas consistía "en cosas materiales", tales como la tierra y la naturaleza, y las distintas modificaciones que sufren. Se trataba de un método rudimentario, que sin embargo abrió el camino para abordar la distribución del ingreso entre las grandes clases sociales (ibid. p. 39).

La teoría del valor en Ricardo

Contemporáneamente al trabajo de los fisiócratas, Adam Smith desarrollaba una teoría del valor trabajo que explicaba las tasas de cambio en términos de las cantidades de trabajo necesarias para adquirir las mercancías.¹ Pero Smith sólo aplicaba esta teoría a una sociedad primitiva, ya que pensaba que en la sociedad caracterizada por la propiedad privada la teoría del valor trabajo no se aplicaba; en ésta, en su opinión, el precio estaba determinado por la suma de salarios, ganancias y rentas.

Fue David Ricardo quien generalizó la teoría del valor trabajo, afirmando que el valor de las mercancías está determinado por la cantidad de trabajo -directo e indirecto- necesario para su producción. Pero Ricardo no llegó inmediatamente a esta conclusión, ya que su primer intento consistió en determinar los ingresos de las clases sociales, esto es, la ganancia del empresario, la renta del terrateniente y el salario del obrero en base a una concepción "física" del valor. La exposición más clara de ese intento está en el "Ensayo sobre las utilidades".² En este trabajo Ricardo presenta el siguiente ejemplo para ilustrar su posición: supone que un capitalista emplea capital por un valor de 200 Tn de trigo (en rigor, Ricardo no utiliza Tn, pero esto no afecta la cuestión). De ese capital, la mitad es fijo (edificios, aperos) y la mitad circulante (semilla, salarios). Consigue una producción de 300 Tn. De manera que la utilidad neta es del 50%.

1- Aunque ya había sido esbozada por William Petty.

2- El nombre completo del artículo es "Ensayo sobre la influencia del reducido precio de los cereales sobre las utilidades del capital". Está publicado en Ricardo (1959) vol. IV con el título de "Ensayo sobre las utilidades". Para lo que sigue ver también Sraffa (1985), así como sus "Notas" al Ensayo.

Aquí Ricardo utiliza una concepción "física" del valor, ya que de manera indistinta habla de "valor-trigo" o "trigo". Esto le permite calcular la tasa de ganancia en la agricultura en términos físicos.

Siendo:

Y = producto en términos de grano

K = capital empleado en términos de grano,

Tenemos:

$$\frac{Y - K}{K} = \pi_a \text{ (tasa de ganancia en la agricultura)}$$

Por otra parte Ricardo sostenía que el beneficio de la agricultura regula el beneficio de todas las demás ramas productivas.³ Es que dada la tendencia a la igualación de las tasas de ganancia entre las ramas productivas -los capitales emigran desde las ramas que tienen tasas más bajas a las que tienen tasas más altas- Ricardo daba por sentado que obtenía la tasa media de ganancia de toda la economía cuando calculaba la tasa de ganancia de la agricultura. Además, a partir de ese resultado se podían deducir los precios que generaban la tasa media de ganancia para todas las ramas. El procedimiento era ingenioso, pero con razón Malthus objetó que no había motivo alguno para decir que la tasa de utilidad en la agricultura regulaba las utilidades de las demás industrias.⁴ Ricardo avanzó entonces hacia una teoría *general* del valor

... sin preocuparse del universo microscópico formado por una rama particular de la actividad productiva [Sraffa (1985) p. xxv].

Esa teoría general que expuso en los *Principios...* afirma que los valores relativos de las mercancías se determinan "por la cantidad de trabajo". En consecuencia, la ganancia la determina ahora Ricardo en términos de trabajo invertido, considerando la relación

... entre el trabajo total del país y el requerido para producir las cosas que necesariamente se han de emplear en aquél (ibid.).⁵

Subrayamos entonces que es a partir de la necesidad de encontrar una medida que Ricardo llega a la *sustancia* del valor. *Es la medida la que en la práctica del científico lo lleva a preguntarse por la sustancia de lo que debe medir.* Esta cuestión, como explica Marx, es inherente a la naturaleza del problema planteado, ya que si se establece que dos

mercancías "tienen una proporción definida entre sí" según la "cantidad de trabajo que contienen", resulta evidente que...

... consideradas como valores de cambio su *sustancia* tiene que ser la misma. Su sustancia es el trabajo. Por eso son "valores". Su magnitud varía según contengan *más o menos de esa sustancia* [Marx (1975) t. 2 p. 140; énfasis añadido].

Por lo tanto la pregunta por la sustancia del valor está implícitamente contenida en la pregunta por la magnitud, ya que se busca lo que subyace a las variaciones cuantitativas, lo que hace referencia a lo cualitativo. Y el preguntarse por la sustancia lleva a indagar en la razón de ser de los precios. O sea, lleva a formular -o intentar formular- una teoría del valor.

Precisemos entonces: una teoría del valor intenta brindar una explicación coherente del porqué (la razón) los bienes tienen la propiedad de "valer". Así, según la teoría del valor trabajo, los bienes "valen" porque tienen trabajo humano invertido (en Ricardo); o un tipo específicamente social de trabajo humano objetivado (en Marx). Destaquemos que también en las formulaciones originarias de la teoría neoclásica se buscaba fundamentar la "razón de ser" del valor de las mercancías. Esto se ve en Menger, para quien los bienes tienen valor a consecuencia de la apreciación que hacen los agentes económicos sobre el significado que tienen esos bienes (escasos) para la satisfacción de sus necesidades.⁶ Pero, como hemos visto en el capítulo anterior, esta aspiración a una teoría se perdió entre los neoclásicos. En este respecto la "vieja" teoría de Ricardo presenta una perspectiva incomparablemente más profunda y científica que la formalización a-teórica que vino después en la ciencia "oficial".

3- Como señala Sraffa en su "Nota al Ensayo sobre utilidades" [en Ricardo (1959) p. xi], Ricardo había adelantado esta idea en una carta a Trower, del 8 de marzo de 1814.

4- Ya en marzo de 1814, en carta a Trower, Malthus planteaba que las utilidades de la agricultura no regulaban las utilidades del comercio en mayor medida que estas últimas regulaban a aquellas. De manera que si subieran las utilidades en el comercio, subirían las utilidades en la agricultura.

5- En nuestra opinión, ya en el "Ensayo..." Ricardo sugería un camino hacia la teoría del valor trabajo, cuando afirma que el valor de cambio de las mercancías sube a medida que aumentan las dificultades de la producción, y por lo tanto "... se hace necesaria más mano de obra" [Ricardo (1959) p. 10].

6- Menger (1985) pp. 107-108. Menger enfatiza que el valor de los bienes "no existe por fuera del ámbito de su conciencia" (ibid, p. 108).

El retroceso neoricardiano a la concepción física del valor

La teoría del valor trabajo de Marx partió del logro de Ricardo en cuanto a la sustancia del valor y fue continuada por los marxistas posteriores. En lo que respecta a la teoría de Ricardo, progresivamente fue abandonada y/o criticada. En especial, en los años que siguieron a Marshall se pierde casi por completo toda huella de Ricardo en la "ciencia oficial", incluso en Inglaterra. Sin embargo, la insatisfacción con la teoría neoclásica dio lugar a que, hacia fines de la década de 1940, surgiera en Cambridge una corriente de "vuelta a Ricardo". Ya en la década de 1920 Piero Sraffa había criticado las curvas de oferta y demanda de Marshall, y planteado la necesidad de determinar los precios con independencia de cualquier suposición sobre rendimientos, crecientes o decrecientes. Luego, a comienzos de los cincuenta Sraffa publica la obra completa de Ricardo, con importantes consideraciones acerca de su teoría del valor. En los años que siguen comienzan a formularse críticas —se destacan las de Joan Robinson (1953/4) y los trabajos de Kaldor, citados en el capítulo anterior— a la teoría neoclásica del capital y la productividad marginal. En 1960 Sraffa publica *Producción de mercancías por medio de mercancías*, en donde plantea que los precios se pueden determinar a partir de un sistema de coeficientes de insumos de trabajo y bienes, si se fija una variable de distribución, salario o beneficio;⁷ además, pone en evidencia incoherencias lógicas de la teoría neoclásica del capital. En las dos décadas que siguen se multiplican los trabajos en esta línea, con ataques devastadores a la teoría neoclásica. Los defensores de esta última apelan incluso a la fe para mantener su vapuleado edificio.⁸

Pero los argumentos sraffianos (o neoricardianos) no sólo tuvieron repercusiones en el campo neoclásico. También en el terreno de la teoría del valor trabajo se hizo sentir su influencia, generando una situación hasta cierto punto paradójica. Es que a partir de la revalorización sraffiana de Ricardo se llegaba a la conclusión de que se podía prescindir de cualquier ley del valor trabajo para explicar la explotación.

7- Aclaramos este método en el capítulo 3.

8- Ferguson, en un difundido libro, *The Neoclassical Theory of Production and Distribution*, llegó a afirmar que su confianza en la teoría neoclásica era un "acto de fe"; citado por Benetti (1978) p. 124.

Para entender por qué, hay que destacar que en el corazón del razonamiento neoricardiano están las matrices de insumo producto. Esto es, se trabaja con una matriz de coeficientes de insumos (bienes y trabajo) necesarios para producir cada unidad de producto. De esta manera se logra un sistema económico en que todas las ramas son interdependientes (exceptuando la producción de bienes de lujo). A partir de aquí se abre la posibilidad de calcular *en términos físicos* el excedente. Para ilustrarlo, veamos un momento la matriz con que Pasinetti inicia sus *Lecciones de teoría de la producción*. Allí se establece que con cierta cantidad de insumos de grano, hierro, pavos y trabajo, se consigue una cantidad mayor de producto en grano, hierro y pavos. Por lo tanto el excedente puede calcularse en bienes (tanta cantidad mayor de grano, hierro y/o pavos con respecto a la consumida). Esto se puede repetir con cualquier matriz. De ahí que los neoricardianos consideraran que no es necesaria ninguna referencia al trabajo para explicar el "plus" del que se apropia una clase social explotadora. Por ejemplo, Garegnani afirma que...

... la proposición que se refiere a la existencia de la explotación del trabajo en una sociedad capitalista no depende de ninguna manera de la validez de la teoría del valor trabajo, sino de la validez de toda la proposición teórica fundada en la noción de excedente [Garegnani (1979) p. 57].

Además, y sin pasar por teoría del valor trabajo alguna, con el uso de las matrices se pueden calcular los precios y la tasa de ganancia, siempre que estén determinados los coeficientes técnicos de la producción y el salario.⁹ De nuevo, ¿para qué la teoría del valor trabajo?¹⁰ Aunque no hubiera estado en el propósito original de Sraffa, la lógica implícita en su método parecía desembocar en un ataque a la teoría del valor trabajo.

Posteriormente se multiplicaron las críticas a la teoría del valor trabajo. En particular, teóricos deslumbrados por el álgebra matricial, e influenciados por el individualismo metodológico, se aplicaron a "demostrar" resultados tan absurdos como la existencia de valores negativos y precios positivos; o plusvalías negativas y ganancias positivas.¹¹

9- Véase capítulo 3 para una explicación más detallada.

10- Steedman (1977) plantea esta cuestión con mucha claridad.

11- Steedman resume lo esencial de estos ejercicios en álgebra.

Y los marxistas analíticos sostuvieron que, en tanto se pudiera demostrar que en la producción de cualquier mercancía la cantidad total del bien empleado es menor que la cantidad total del bien producido, se podía concluir que ese bien era "explotado" tanto como el trabajo.¹²

La necesidad del valor para explicar la economía contemporánea

Parece indudable que en el desarrollo de algunas de estas posturas influyó el cambio de expectativas políticas y sociales que se operó en el mundo desde fines de la década de 1970 y principios de la siguiente.¹³ Pero también influyó la incompreensión -que está implícita en el enfoque "matricial" (insumo-producto)- de la característica *social* del valor. Es por eso que en respuesta a los neoricardianos y marxistas analíticos muchos marxistas destacaron que en el enfoque de aquellos desaparece el carácter decisivo, vital, del trabajo humano, que es "comido" por la caja negra que termina convirtiéndose la matriz de insumo-producto. Por más que Roemer hable de "fuerza acero", el acero por sí mismo no tiene capacidad transformadora ni productiva. Podemos amontonar cantidades de acero junto a otros insumos y cuerpos humanos, sin que se genere el más mínimo producto si los seres humanos no se ponen en movimiento. Las matrices de insumo-producto *dejan de lado este carácter decisivo del trabajo humano*. Y por eso mismo en la visión neoricardiana la explotación no aparece como una apropiación de plus-trabajo, sino como una apropiación del producto generado por la "caja negra" de la matriz productiva. Por lo tanto, en tanto el enfoque marxista introduce la lucha de clases de manera sistemática, las clases sociales no jugarían ningún rol orgánico en el modelo sraffiano o neoricardiano; es una teoría caracterizada por la ausencia de las relaciones de producción.¹⁴

12- Así habría acero "explotado", por ejemplo; véase Roemer (1989) p. 35 y Vegara (1979) pp. 57-58. Para acentuar la supuesta similitud con la fuerza de trabajo, Roemer habla de "fuerza acero" (sic).

13- Clarke (1994) considera que este progresivo alejamiento con respecto a la tradición marxista, no sólo del "marxismo analítico", sino también de la "teoría de la regulación" y el "posmarxismo", estuvo estrechamente asociado al creciente desencantamiento, en la década de 1980, de los intelectuales progresistas con las políticas de clase, y su asimilación en gran escala a los partidos de masas de izquierda establecidos, en la creencia de que éstos podrían defender las conquistas reformistas de las décadas de 1960 y 1970. Como es sabido, estas esperanzas fueron defraudadas al adoptar los partidos laboristas y socialdemócratas, en lo esencial, el programa económico y social del neoliberalismo. Muchos de estos intelectuales abandonaron entonces todo compromiso socialista.

14- Un ejemplo de esta posición es Wright (1981).

De todas maneras los reparos anteriores no son decisivos según los neoricardianos. En primer lugar, argumentan, porque sostener que la teoría del valor y del plusvalor es necesaria para entender la lucha de clases, y ligarla con los mecanismos capitalistas mediante los cuales es apropiado el excedente, sólo convencerá a aquellos que ya están convencidos de que los conceptos marxistas de clases y lucha de clases brindan un enfoque correcto. Desde este punto de vista, se trataría de una afirmación dogmática. Pero, en segundo lugar, afirma el teórico neoricardiano, del hecho que Sraffa no se haya referido explícitamente a las relaciones sociales y haya centrado su atención en la determinación de precios y beneficios, no se desprende que negara el enfoque social y crítico. Más aún, combinada con los datos socio-históricos la obra de Sraffa puede ser utilizada para demostrar que los beneficios son apropiados por los que poseen y controlan los medios de producción, y que el nivel de esos beneficios es el resultado de un proceso social de lucha que determina cuánto del producto neto va a salarios y cuánto a ganancias. De manera que el análisis sraffiano, concluye el teórico neoricardiano, suscita la cuestión y la crítica social.¹⁵ Desde el marxismo se ha respondido a su vez que el conflicto se ubica así en el nivel de la distribución, y no de la producción.¹⁶

Siendo esta última una observación justa, pensamos sin embargo que la respuesta a los neoricardianos también se puede dar en el terreno en que piensan que su enfoque es más fuerte, a saber, el análisis del excedente. Es que el análisis con las matrices insumo-producto no elimina la necesidad de una teoría del valor. Para entender por qué, recordemos que la matriz presupone que los productos son de igual calidad que los insumos. Esto es, los pavos, hierro y grano "producidos" por la matriz del ejemplo de Pasinetti *sólo se diferencian cuantitativamente* de los pavos, hierro y grano insumidos. Se trata por eso de una concepción de la producción estrictamente *circular*. Sólo con esta condición es posible calcular el excedente en términos físicos y pasar directamente de insumos técnicos a precios. Pero esto tiene poco que ver con la realidad del capitalismo, que se caracteriza por el cambio tecnológico, por la generación de productos que cambian *cualitativamente* con respecto al insumo. Se trata de una relación entre el trabajo y la mejora del producto que *no puede ser registrada en términos físicos*.

15- Argumentos de Bandyopadhyay (1981) p. 116 y ss.

16- Véase, por ejemplo, Rowthorn (1984) pp. 19-68.

Para explicarlo con la matriz de Pasinetti, supongamos que a resultas del empleo de trabajo se produce un acero de mejor calidad en relación al acero insumido; y que lo mismo sucede con el pavo (por ejemplo, es más saludable que el insumido). Tenemos aquí una transformación cualitativa del valor de uso que no es posible cuantificar; y esta modificación del valor de uso, producto del trabajo, conlleva a su vez un cambio en la valoración del producto con respecto al insumo. Reaparece ahora el problema con que se había tropezado Ricardo cuando quiso utilizar “el atajo” fisiocrático y evitar la cuestión del valor. Es que cuando el cambio tecnológico genera “lo nuevo” en el producto, *el excedente no se ve directamente en términos físicos*. Por lo tanto la “sustancia” del excedente no se puede calcular en términos materiales porque no es “palpable”. Así, y a igual que sucedió con Ricardo, *la medida nos impulsa a volver a una teoría del valor de carácter social*. Esto porque es trabajo humano el que ha generado “lo nuevo” y por lo tanto remite, necesariamente, a una concepción social del valor. Además, si el excedente no se puede calcular en términos físicos, los precios no se pueden determinar. De manera que vuelve a tener vigencia la observación de Marx sobre la insuficiencia de la concepción física del valor de los fisiócratas. Como explicaba en *Teorías...*, cuando el excedente se muestra directamente en los valores de uso que se producen por sobre los que consume el trabajador, la cuestión puede entenderse

... sin un análisis del valor en general, sin una clara comprensión de la naturaleza de éste. Por consiguiente, además, cuando el valor se reduce a valor de uso, y éste a la sustancia material en general [Marx (1975) t. 1 p. 40].

Pero cuando el obrero “no aumenta la sustancia material”, sino “sólo modifica su forma” (y esto sucede cuando el cambio entre el insumo y el producto es *cualitativo*), la sustancia material ya no se puede identificar con el valor. Entonces “es necesario el análisis del valor en general” (ibid.). Las manipulaciones algebraicas sin esta comprensión del contenido de la teoría pierden sentido.

La forma social y contenido material

La distinción entre la cualidad social y contenido material, a su vez, es clave no sólo en el tema del valor, sino en el conjunto del análisis económico y social. Al respecto, es de notar que ya en el primer párrafo de *El Capital* Marx se refiere a la mercancía como “la forma elemental de riqueza”, distinguiéndola del contenido material; y en la

página siguiente habla de la “forma social” de la riqueza material. Aquí “forma” hace referencia a la propiedad o cualidad social de la mercancía. Con esto se quiere significar que es una propiedad objetiva de las cosas, *no natural*, sino derivada de relaciones específicas que mantienen los seres humanos entre ellos.

Para clarificar la cuestión, pensemos por ejemplo en el trigo. Como objeto físico no advertimos en él más que sus propiedades naturales (color, consistencia, propiedad nutritiva). Sin embargo, cuando el trigo es propiedad de un individuo que lo lleva al mercado, adquiere una cualidad ya no natural, sino social: se convierte en mercancía. Una propiedad -ser mercancía- que no la “vemos” en el cuerpo del trigo; nos enteramos de que es una mercancía si su propietario manifiesta su intención de venderlo. Estamos así ante una cualidad *de tipo relacional*, porque deriva de relaciones que mantienen los seres humanos entre sí - en este caso, personas que comercian- y con las cosas -son propietarios privados del trigo y de otros bienes, o dinero, que llevan al mercado. Así también los individuos pueden poseer propiedades sociales que derivan de las relaciones sociales en que están inmersos. Por ejemplo, ser esclavo u obrero asalariado son propiedades sociales, que derivan de relaciones que se mantienen con otras personas; nadie es por naturaleza esclavo u obrero, mal que les pese a los racistas. Por lo tanto las *formas sociales* son distinguidas por Marx del *contenido o sustancia material*. En el pasaje al que hicimos referencia, la distinción está netamente marcada:

Los valores de uso constituyen el *contenido material de la riqueza*, sea cual fuere la forma social de ésta [Marx (1999) t. 1 p. 44].

Se plantea en consecuencia un análisis que procede en dos niveles. Por una parte, el nivel del contenido físico, material, que en *principio* nos aparece independiente de la forma o propiedad social; y la forma social.¹⁷ La mercancía tiene así un contenido material, que se vincula a su valor de uso; y una forma social, que se deriva de las relaciones que los seres humanos mantienen entre sí.

17- Aunque en un estadio superior de la exposición se explicará que la forma social a su vez determina el contenido material. Así, por ejemplo, Marx destacaba que la forma social del trabajo esclavo impedía el desarrollo y la aplicación de métodos tecnológicos sofisticados a la producción de bienes.

El tránsito hacia el valor: valor de cambio y ley interna

Ubicados en el mundo de la mercancía, se iniciará el tránsito hacia el concepto de valor. Vale la pena desarrollar el tema con alguna extensión a fin de mostrar que este “penetrar en la esencia” no tiene nada de misterioso, como pensaba Joan Robinson,¹⁸ sino que somos impulsados a ello por la lógica misma de la relación de intercambio. En *El Capital* el tránsito arranca en seguida de la presentación del valor de cambio, que se define así:

En primer lugar, el valor de cambio se presenta como *relación cuantitativa*, proporción en que se intercambian valores de uso de una clase por valores de uso de otra clase, una relación que se modifica constantemente según el tiempo y el lugar [Marx (1999) t. 1 p. 4].

Esto es, el valor de cambio en principio es la relación en que x cantidad de la mercancía A se intercambia por y cantidades de las mercancías B , z cantidades de C , etcétera. Esta es la manera en que “se presentan” ante nuestros ojos las mercancías. Con esto estamos en el mundo de la apariencia. En esta primera mirada no encontramos ninguna ley interna, parece que nada gobierna estos valores de cambio. Por eso Marx dice que a este nivel el valor de cambio

... parece ser algo contingente y puramente relativo. Y un valor de cambio inmanente, intrínseco a la mercancía,... pues, sería una *contradictio in adiecto* [una contradicción entre un término y su atributo] (ibid.).

Aclaremos que aquí la contradicción está entendida como contradicción lógica, esto es, como incoherencia.¹⁹ En este pasaje Marx de hecho está polemizando con Bailey, un crítico de Ricardo que sostenía que el valor era sólo la relación de cambio entre las mercancías, y que por lo tanto era absurdo buscar alguna ley interna que rigiera los intercambios.²⁰

18- Joan Robinson sostenía que el valor es “un concepto metafísico” y que la teoría de Marx es “metafísica”; véase, por ejemplo, Robinson (1954) p. 26 y ss.

19- *Intra* nos referimos brevemente a la contradicción. Dejamos apuntado que Marx, como Hegel, distingue entre la contradicción lógica y la contradicción dialéctica, o real; aunque en este pasaje alude a una contradicción lógica que se revelará luego como aparente.

20- La crítica de Marx a Bailey, así como pasajes representativos de la posición de éste, pueden verse en Marx (1975), t. 2 p. 116 y ss.

Bailey se negaba a pasar “de la superficie al núcleo del problema”; esto es, “internarse” en la cosa. Es también la posición de Pareto, quien inició el camino de renuncia a encontrar una “teoría del valor” entre los neoclásicos. Es que según Pareto, dada la multiplicidad de “las tasas de cambio”, la construcción de una teoría del valor era imposible.²¹ Aquí “lo dado”, la mera multiplicidad de los intercambios, se queda en eso, en mera “diversidad”. Pero una de las virtudes del método dialéctico es que la transición desde un estadio del análisis al siguiente es impulsada por las oposiciones que se evidencian apenas queremos captar qué es lo que estamos analizando. Recordemos lo que acabamos de decir: las mercancías parecen intercambiarse “sin orden ni concierto”. Reina entonces la diferencia, y parece imposible encontrar alguna identidad. Aquí se detuvo Pareto. Sin embargo, el pensamiento que profundiza no puede quedarse en la epidermis de la cosa; apenas nos detenemos a examinar la cuestión, advertimos que ya en la relación x mercancía A que se intercambia por y mercancía B aparece, aunque de manera embrionaria, la salida de lo meramente contingente. Es que como Hegel explica en la *Lógica*, en la misma noción de “ratio” de cantidades se apunta a un *subsistente* por debajo de la variación cuantitativa, porque el ratio de manera inmanente hace referencia a una tercera cantidad que “permanece” (diríamos que es un primer grado de “permanencia”). Por ejemplo, en la relación cuantitativa $10A / 2B$, los dos cuantos (10 y 2) están relacionados entre sí, de manera que constituyen un único cuanto (= 5). De manera que los cuantos de A y B pueden ser variados ($20/4$; $40/8$), remitiendo siempre al mismo número 5. Vemos que aquí hay una lógica que apunta a un “eje ordenador interno”, ya que si en la relación xA / yB no existiera este “ordenador interno”, el ratio debería cambiar cuando se modificaran las cantidades x o y . Así, en el caso anterior, $10 A$ se cambiarían por $2 B$, pero $20 A$ se podrían cambiar por $3 B$, o por $8 B$; tendríamos *la más completa indeterminación*. En cambio, si empezamos a encontrar la permanencia salimos de la superficie y entramos en la esfera de lo determinado. Por eso ya en el ratio emerge la cualidad, una determinación “más interna” y *tenemos la unidad de cantidad y cualidad*; el “5” de nuestro ejemplo se mantiene por debajo de los cambios “externos” de las cantidades de A y B . Con lo que estamos en la *medida*, entendida como *proporción*. Yendo ahora al mercado, decimos que una cierta proporción de A se cambia por una cierta proporción de B .

21- Dostaler (1980) p. 27 cita y destaca esta postura de Pareto.

Esta idea, que destaca lo central que es la medida -la proporción-, la expresa Marx cuando dice:

Dentro de tal relación, [de intercambio entre las mercancías] un valor de uso vale exactamente lo mismo que cualquier otro, *siempre que esté presente en la proporción que corresponda* [Marx (1999) t. 1 p. 46; énfasis añadido].

Esto porque cada uno de los elementos (*A* y *B*) guardan entre sí una relación cuantitativa apropiada, "proporcionada". Y si hay "proporción" es porque existe cierta *ley interna*. Veamos esto con un ejemplo sencillo: Si comúnmente un determinado automóvil se intercambia por 500 bicicletas de cierto tipo, la modificación cuantitativa (1 automóvil = 1 bicicleta) altera la cualidad del intercambio (calificamos al intercambio de "ilógico", fuera de proporción o medida, y al que entrega el automóvil de "loco"). Esto demuestra que tenemos un criterio interno, que ha aparecido con el ratio, y que es la medida. Esto por otra parte no impide que dentro de ciertos límites el ratio pueda modificarse, sin afectar la cualidad del intercambio (el automóvil de nuestro ejemplo se puede cambiar a veces por 505 bicicletas, por 498, etcétera). De todas maneras existe algún límite más allá del cual cambia la cualidad de lo que sucede.

Pero además, cuando nos queremos "parar" en la noción de proporción, nos vemos impulsados a ir más allá; el movimiento dialéctico es precisamente esto, jamás podemos quedarnos quietos en lo que creíamos adquirido. Es que la medida en principio nos aparece como un inmediato (en nuestro ejemplo 5, o 500), para el cual parece no haber ninguna razón especial para que sea así. Nos aparece como un ratio "independiente", no mediado. ¿Pero por qué no 30 o 5.000, en lugar de 5? Por eso el pensamiento de nuevo exige una determinación cualitativa; hay que entrar más en la esencia de la cosa. Y la misma experiencia del mercado -la deducción lógica está "controlada" por el momento empírico- nos muestra que los incesantes intercambios tienen una lógica, una regularidad. Esto es, a medida que los intercambios se repiten y generalizan, las proporciones en que se cambian las mercancías dejan de ser contingentes, aleatorias, y toman una cierta regularidad. Una regularidad, como dice Marx, que aparece ya en los pueblos más primitivos, que tienen necesidad de "evaluar" las mercancías antes de ser cambiadas (esto es, buscan una determinación más sustancial de la proporción); para lo cual las transforman en *bars*, las vuelven "commensurables" dándoles una misma denominación, una unidad. Pero para eso hay que poner las mercancías que se comparan en relación con un tercer elemento [Marx

(1989) t. 1 pp. 67-68]. Es la única manera de que haya ley económica y por lo tanto posibilidad de pensar la sociedad.

La regularidad del intercambio, por otra parte, adquiere un nivel cualitativo, jamás alcanzado en la historia, cuando domina la producción capitalista, que se caracteriza precisamente por la producción generalizada de bienes con vistas al mercado. El impulso a buscar la ley interna reguladora está así inserto en la dialéctica del intercambio de las mercancías. La ley del valor trabajo adquirirá mayor vigencia en la medida en que se generalice la producción de mercancías, esto es, en que se extienda la producción capitalista.

La sustancia en común de los intercambios

Lo anterior lleva así al conocido razonamiento mediante el cual Marx presenta la noción de valor en *El Capital*: para que dos mercancías, como trigo y hierro, distintas desde el punto de vista físico, puedan compararse, es necesario encontrar una sustancia en común. Esto en principio es muy sencillo de comprender. Por ejemplo, no puedo comparar el logaritmo natural del número 37 con el color amarillo, porque ambos no tienen nada que sea comparable. Lo que encuentra en común Marx, al hacer abstracción de las propiedades físicas y naturales de las mercancías, y de los tipos específicos de los trabajos humanos empleados, es

... una misma objetividad espectral, una mera gelatina de trabajo humano indiferenciado, esto es, de gasto de fuerza de trabajo humana sin consideración a la forma en que se gastó la misma [Marx (1999) t. 1 p. 47].

En seguida encontramos la primera definición de valor: "En cuanto cristalizaciones de esa sustancia social común a ellas, son valores" (ibid.). Y más explícitamente todavía:

Un valor de uso o un bien, por ende, sólo tiene valor porque en él está *objetivado* o *materializado* trabajo abstractamente humano (ibid.).

Aquí han aparecido una serie de términos como "objetividad espectral", "gelatina", "cristalización", que en este punto parecen tanto enigmáticos, pero se aclararán más adelante. Nos concentramos ahora en algunas cuestiones referidas a la deducción que se acaba de hacer.

En primer lugar, es necesario responder a una objeción bastante conocida, que dice que con esta deducción también se podría haber concluido que la utilidad es la sustancia en común que tienen todas las mercancías. La utilidad sería además más general que el trabajo en cuanto "sustancia en común", ya que los recursos naturales (como la tierra), los objetos de arte no reproducibles e incluso las dignidades de muchas personas (que en esta sociedad se compran y venden) tienen utilidad, pero no trabajo invertido en su producción.

La respuesta a esta objeción reconoce varios argumentos. En primer lugar, como ya vimos, las utilidades no son comparables en cuanto pretendamos abarcar el mundo de las mercancías. En segundo lugar, la utilidad tampoco puede explicar el valor del dinero, el capital, el interés, ni la valorización del capital. Estas cuestiones las hemos discutido en el capítulo anterior. Pero además, tanto Ricardo como Marx fueron conscientes de los límites de la ley del valor. Así, desde el comienzo mismo de su obra Ricardo precisó que la ley no abarca a todos los bienes, sino "a la mayoría... que son objeto del deseo" y pueden ser

... multiplicados... casi sin ningún límite determinable, si estamos dispuestos a dedicar el trabajo necesario para obtenerlos [Ricardo (1985) p. 10].

Lo cual exige que existan la gran industria y la competencia irrestricta. Marx participaba de este criterio; por eso citó aprobatoriamente a Ricardo, diciendo que éste intuía que la realización plena de la ley del valor dependía de determinadas premisas históricas, concretamente de la sociedad burguesa desarrollada [Marx (1980) p. 45]. Recuérdese lo que hemos discutido antes sobre la regularidad del intercambio para que exista ley interna. En lo que respecta a los precios de obras de arte no reproducibles o de "cosas" que se compran o venden -como la dignidad humana-, no están determinados por ley alguna; se ubican en el terreno del deseo subjetivo. Pero una teoría no pierde validez si puede determinar cuáles son sus límites. Por el contrario, se afirma precisamente a partir de delimitar su poder explicativo; dialécticamente limitar es negar, pero también por eso mismo es afirmar. En cuanto a los bienes naturales, que no tienen trabajo humano invertido en su producción, sus precios pueden explicarse con las categorías avanzadas -capital, ganancia y precios de producción, interés- que se desarrollan a partir del valor. Por eso esos precios están comprendidos en el campo de la teoría del valor. De nuevo, la teoría del valor trabajo no pierde validez en la medida en que explica la manera

en que se generan los fenómenos complejos, derivados de los principios más sencillos.

Una tercera objeción que se le dirige a la teoría del valor trabajo sostiene que el trabajo considerado como gasto humano de energía, no es cuantificable. Sin embargo es un hecho que el trabajo humano es cuantificado en la producción capitalista. Paradójicamente, en tanto la teoría del valor trabajo es expulsada de las cátedras y libros de texto, entra por la ventana en las empresas de la mano de los tomatiempos e ingenieros de producción. Estos señores, cronómetro en mano, están obsesionados por los tiempos de trabajo empleados en diseño, producción, expedición y transporte; y esta obsesión se evidencia también en los departamentos financieros de las empresas, siempre preocupados por costos, ganancias y precios.²² No hay en esto nada de misterioso; aunque otro problema sea el cálculo de los tiempos de trabajo, directos e indirectos, empleados en la producción de determinada mercancía, cuestión sobre la que volveremos en el siguiente capítulo.

Pero... ¿y el trabajo complejo? ¿Acaso genera el mismo valor una hora de trabajo de un peón, que de un ingeniero? Diferentes tipos de trabajo -se nos objeta ahora- no se pueden sumar, de la misma manera que no se pueden sumar naranjas con manzanas.

22- En *The Wall Street Journal Americas* (3/03/04) leemos acerca de la experiencia del señor Rick Stanco, que dirige una fábrica de muebles, Furniture Brands International, en Carolina del Norte, Estados Unidos, y está obligado a bajar los costos para hacer frente a la competencia de muebles que se importan desde China. "Stanco sabía que sus jefes lo juzgarían de manera estricta por un indicador clave llamado "eficiencias". Para calcularlas, la empresa primero determinó cuántas horas de trabajo se necesitaban para claborar cada pieza. Esa cifra era luego comparada a los resultados obtenidos en la planta de fabricación. Si los trabajadores no iban lo suficientemente rápido, sus cálculos de eficiencia caían por debajo del nivel esperado de 100. (...)... el sistema de recolección de polvo se atascaba continuamente, lo que implicaba que los trabajadores debían detener sus tareas para limpiarlo. Los trabajadores de mantenimiento instalaron un nuevo ventilador. La mejora de las máquinas ayudó a sus trabajadores a cortar y dar forma a las piezas con una mejora del 22% al 27% en la rapidez, según el tipo de pieza que era fabricado. Stanco distribuyó transmisores de doble comunicación a sus empleados, para que pudieran comunicarse con sus supervisores sin tener que perder tiempo buscándolos. La decisión logró que algunos ahorraran hasta dos horas de su tiempo al día"; énfasis añadido. En la producción se sabe, o al menos se intuye, que "el tiempo es oro" (valor objetivado). La experiencia del señor Stanco se repite diariamente en las empresas capitalistas a lo largo y ancho del planeta.

Sin embargo la crítica no se sostiene en cuanto pensamos que todo depende de la unidad de medida que se tome.²³ Por ejemplo, perfectamente se puede decir que 5 naranjas + 3 manzanas = 8 unidades de fruta; y si queremos considerar calorías o vitaminas contenidas en éstas, podemos sumar las unidades que contienen, a pesar de ser bienes heterogéneos. Aunque los tomates y las naranjas no pertenecen al mismo género “frutas”, podríamos considerar las unidades de vitamina C que poseen 1 Kg. de tomates + 1 Kg. de naranjas. Uno u otro pueden proveer mayor cantidad de unidades de vitamina C, pero la diferencia es cuantitativa. De manera similar, aunque aquí se trate de una categoría social, trabajos muy distintos como el de peón o matricero pueden generar en un tiempo determinado distintas magnitudes de valor. En este sentido, la hora del trabajo más complejo equivale a una cierta cantidad -por caso a 2 horas- de la hora de trabajo más simple. Por lo general, en la práctica, la hora de trabajo del operario de máquinas se toma como representativa del trabajo simple, y las horas de trabajo complejo como equivalentes a algún múltiplo de aquella. De manera que la homogenización en horas de trabajo de los valores de las mercancías no presenta, en principio, dificultades. Este tipo de reducción, por otra parte, se realiza constantemente; por ejemplo, cuando un empresario contratista “cotiza” en sus presupuestos la hora de trabajo del electricista o del plomero en un determinado múltiplo de la hora de trabajo de un peón, dedicado al trabajo más simple.

Trabajo socialmente necesario, primera determinación

Dado que en la comparación lo cuantitativo es fundamental, es natural preguntarse cómo se mide la *magnitud* del valor. La respuesta es por el tiempo de trabajo *socialmente necesario* empleado en la producción. Por socialmente necesario se entiende según la tecnología imperante y el ritmo promedio de trabajo. Esto significa que si un productor emplea en la producción de un determinado bien una tecnología inferior a la que se utiliza en promedio -o a la que utilizan los productores modales-, e invierte por lo tanto más tiempo de trabajo que los productores modales, no genera más valor que éstos. Volveremos sobre esta importante cuestión cuando discutamos la generación de valor y de plusvalías extraordinarias en el mercado mundial.

23- El argumento que sigue lo tomamos de Guerrero (2004).

También hay que subrayar que la determinación de tiempo de trabajo “socialmente necesario” comprende el trabajo *actual* -o sea, en el presente- necesario para producir el bien. Esto significa que, si por ejemplo, alguien ha producido en 2003 la mercancía A en 10 horas de trabajo (= al tiempo promedio en ese momento), pero en 2004 la misma mercancía se produce, en promedio social, en 9 horas de trabajo, el valor de la mercancía producida en 2003 será igual a 9 horas de trabajo. Por eso cuando se habla de trabajo “acumulado” se entiende trabajo medido según la productividad presente. Esta observación subraya, una vez más, que cuando hablamos de valor no nos referimos a una unidad física que se pueda guardar en una caja, sino a una categoría social. El valor siempre está “sostenido” y “atravesado” por la instancia social, aunque también siempre suponga una base física, ya que el trabajo humano es gasto de energía, en última instancia. Forma social y contenido material entran, por lo tanto, una vez más en juego.

El tránsito de la sustancia a la forma del valor

A partir de haber definido la sustancia del valor, y las dos características del trabajo, en cuanto trabajo concreto y abstracto, Marx inicia uno de los pasajes más importantes, el que va de la sustancia a la forma del valor. Recordemos que en el primer movimiento habíamos ido de la apariencia a la esencia. Por medio de esa operación dejamos atrás la apariencia como aquello que es lo completamente insencial, para encontrar el “ordenador interno”, la ley que está rigiendo lo que aparecía. Este tránsito tiene su paralelo en la *Lógica* de Hegel, cuando pasamos de la esfera del ser a la esfera de la esencia. Como resultado de este primer movimiento encontramos la sustancia del valor, y discutimos que ésta es cuantificable.

Ahora bien, se plantea la siguiente pregunta: ¿ha demostrado Marx, con la deducción del valor que hemos comentado, que el trabajo es “la” sustancia del valor? Muchos lectores de *El Capital* piensan que sí, que con el método de comparación y abstracción -encontrando el elemento en común- se puede dar por demostrado que el trabajo es la sustancia del valor. Sin embargo, y aunque se trata de un razonamiento lógico importante, en nuestra opinión esa demostración no es completa. Es que en última instancia siempre quedaría un “resabio” no demostrado; por ejemplo, alguien podría aducir que se ha postulado la existencia de una entidad -trabajo humano- que es inaprensible, porque no tiene manifestación concreta en la sociedad. Esta objeción debe tomarse muy seriamente, porque hay que evitar “el en sí” de Kant, esto es, postular la

existencia de una sustancia que no se manifieste en los fenómenos, en la superficie de la sociedad. Un contenido no vinculado con su manifestación se transforma en algo místico, sobre lo que no podría decirse palabra; pero esto no sería ciencia.

Pues bien, el tema es que precisamente está en la naturaleza de esta sustancia, el trabajo humano, el manifestarse, el expresarse. Y esto conecta con la “demostración” acabada de la teoría del valor de Marx, que reside en la *concepción social de conjunto*, en especial en el rol que se le atribuye al trabajo, y la *necesidad de toda sociedad de comparar tiempos de trabajo*. Una cuestión que Marx aclara en una muy citada carta que envía a su amigo Kugelman, del 11 de julio de 1868. En ella dice que aunque no hubiera escrito ningún capítulo sobre el valor

... el análisis de las *relaciones reales* hecho por mí contendría la *prueba y la demostración* de la relación real de valor [Marx y Engels (1983) p. 148; énfasis añadido].

Por relaciones reales aquí se entiende la vida económica de cualquier sociedad, cuya primera necesidad es producir y reproducir sus condiciones de existencia mediante el empleo del trabajo humano. Por eso Marx dice, a continuación del pasaje que citamos, que “hasta un niño sabe” que si un país dejase de trabajar siquiera por unas pocas semanas, moriría. Por lo tanto, cualquiera sea la forma histórica de producción, siempre hubo que *comparar y determinar cuantitativamente* los trabajos humanos, porque siempre hubo que distribuir los tiempos de trabajo según alguna proporción definida. De manera que en la sociedad capitalista los trabajos humanos –que se realizan de manera privada- deben compararse, medirse y distribuirse. Lo que hay que hacer entonces *no es demostrar que los trabajos humanos se comparan*. La demostración de esto es *toda la historia humana*. Quien afirma que los trabajos humanos no se comparan ni miden desconoce lo más elemental que debió hacer desde siempre la humanidad. Por lo tanto la misión de la teoría del valor es mostrar *la forma como se comparan* los trabajos humanos en la sociedad capitalista, *la razón* por la cual los trabajos humanos se comparan bajo la forma del valor. Por eso el objetivo que Marx se propone en el apartado “La forma del valor o el valor de cambio” es analizar de qué manera se comparan los trabajos humanos en la sociedad capitalista y por qué deben hacerlo de esa forma. Se trata, a partir del punto al que había llegado Ricardo –el trabajo humano es la sustancia del valor- de preguntarse por qué los trabajos humanos deben compararse a través del intercambio de las mercancías. Lo cual implica realizar un tránsito distinto al

que hemos hecho al comienzo, cuando partiendo de los valores de cambio llegamos a la sustancia, al contenido. En ese tránsito nos hicimos la pregunta sobre *¿qué es?* lo que se está igualando en el intercambio. Ahora la pregunta es *¿por qué los trabajos se igualan de esa manera, comparando mercancías?* O también se podría formular así: *¿por qué los trabajos humanos aparecen bajo la forma objetiva de “valor de las mercancías”?*²⁴ Al plantear así la cuestión se abre el camino para cuestionar qué tipo de sociedad es ésta que exige que los trabajos humanos se comparen de la manera en que lo hacen. Nos preguntamos entonces por la forma y por una objetividad muy especial, por una objetividad social. Son las cuestiones que pasamos a analizar.

Objetivación del trabajo y forma del valor

Empecemos diciendo que la “objetividad” está en el centro de la problemática del valor en Marx, y es la clave para entender el fetichismo de la mercancía. Ya en la primera aproximación al concepto de valor vimos que hacía referencia a su “objetividad espectral”. En el inicio del punto sobre la forma del valor, Marx vuelve sobre el tema:

La objetividad de las mercancías en cuanto valores se diferencia de mistress Quickly en que no se sabe por dónde agarrarla [Marx (1999) t. 1 p. 58].

Con esto quiere significar que estamos ante una propiedad *de* las mercancías (es objetiva), pero que las mercancías no manifiestan con su cuerpo natural –a diferencia de las propiedades objetivas de mistress Quickly, que según parece las exhibía muy bien con su “cuerpo natural”– porque el valor no es una propiedad física o química. Por más que analicemos molécula por molécula una tela, en ningún lado encontraremos un “coágulo” de trabajo humano invertido.²⁵ El valor constituye una objetividad social.

24- Una pregunta que jamás se había hecho Ricardo ni la economía política burguesa: “... es indudable que la economía política ha analizado, aunque de manera incompleta, el valor y la magnitud del valor y descubierto el contenido oculto en esas formas. Sólo que nunca llegó siquiera a plantear la pregunta de por qué ese contenido adopta dicha forma; de por qué, pues, el trabajo se presenta en el valor, de a qué se debe que la medida del trabajo conforme a su duración se represente en la magnitud del valor alcanzada por el producto del trabajo” [Marx (1999) t. 1 pp. 97-98].

25- Si el lector tiene duda acerca de esto, le sugerimos que intente hacer el ejercicio práctico.

La pregunta que se plantea ahora es cómo el trabajo humano aparecerá bajo la forma de "valor" en el mercado. La cuestión se resuelve analizando la forma más simple de intercambio, por ejemplo, 20 metros de tela valen 1 saco, donde la tela expresa su valor en el cuerpo del saco. Observemos primero que al llegar al mercado el trabajo *es pasado*; en el proceso de cambio no se pueden comparar trabajos vivos, sino trabajos "muertos", objetivados. Por lo tanto, al tratarse de una propiedad objetivada -podemos decir también plasmada en el bien- debe expresarse con un lenguaje también objetivo, de "cosas". Pero por tratarse al mismo tiempo de una propiedad "social", las cosas no la podrán expresar por sí mismas, con sus cuerpos naturales. De ahí la necesidad de que, para que exista el valor -esto es, el trabajo humano como trabajo coagulado- la mercancía tela deba encontrar un equivalente en el cual expresar su valor. Y al hacerlo, al encontrar la forma de expresión del valor, el trabajo humano invertido en la fabricación de la tela *se objetiva, se convierte en valor*. Por eso Marx escribe:

La fuerza de trabajo humana en estado líquido, o el trabajo humano, crea valor, pero no es valor. Se convierte en valor al solidificarse, al pasar a la forma objetiva. Para expresar el valor de la tela como una gelatina de trabajo humano, es menester expresarlo en cuanto "objetividad" que, como cosa, sea distinta del lienzo mismo y a la vez común a él y a otra mercancía [Marx (1999) t. p. 63].

Insistimos, para que el valor pueda ser una propiedad *de la* mercancía -o sea, de una *cosa* que se independiza hasta cierto punto del productor- es necesario que el valor se exprese a través de una *relación entre cosas*. Dado que es una propiedad social, la mercancía no puede expresar esa propiedad que posee con su propia forma natural; debe expresarla como *relación entre cosas*. Sólo de esta manera el trabajo privado contenido en la mercancía deviene trabajo social. Pero no como trabajo vivo, sino en cuanto trabajo coagulado, objetivado. Para que esto ocurra, el contenido del valor *necesita* la forma del valor. Forma que va a encontrar su expresión desarrollada en el dinero, el equivalente general, la encarnación por excelencia del valor. Estamos así ante una relación cosificada, que escapa al control consciente de los seres humanos, ya que ahora será el lenguaje de las mercancías -el mundo cosificado- el que "hablará" por los seres humanos:

... todo lo que antes nos había dicho el análisis del valor mercantil nos lo dice ahora el propio lienzo, ni bien entabla relación

con otra mercancía, la chaqueta. Sólo que el lienzo revela sus pensamientos en el único lenguaje que domina, el lenguaje de las mercancías [Marx (1999) t.1 p. 64].

La metáfora sobre un lenguaje de objetos es de destacar porque enlaza directamente con la teoría del fetichismo de la mercancía. Alude a un mundo generado por los seres humanos, pero que domina a éstos "con la fuerza de las cosas". Al pasar, anotemos que es muy común interpretar el apartado 4 del capítulo sobre la mercancía, dedicado al fetichismo, sin conexión con la dialéctica de la forma del valor, explicada en el apartado 3. De esta manera se pierde de vista que el fetichismo, en lo esencial, está ya explicado en la relación que se establece entre el contenido y la forma del valor. Al no advertir esta conexión, es fácil caer en una interpretación superficial del fetichismo; muy rápidamente el tema deriva hacia las formas de la propaganda, el dominio de la ideología del consumo y demás lugares comunes que constituyen el alimento cotidiano de la sociología progresista de superficie. Está bien y es interesante, pero no es sobre eso que trata la teoría del fetichismo de la mercancía.

El dinero como producto de la dialéctica de la mercancía

De lo anterior se desprende también que el dinero surge del desarrollo de la mercancía. Esto significa que no hay necesidad de introducirlo desde fuera, como sucede en la economía neoclásica. Ya en el primer intercambio contingente, aislado, de una mercancía con otra, una de ellas comienza a cumplir el rol, embrionariamente, de equivalente, esto es, de cuerpo en el cual la primera expresa el valor. Por eso el cuerpo del equivalente pasa a representar valor, a ser la encarnación misma del valor. Si en el nivel de análisis de la forma simple del valor (ejemplo: 20 metros de tela valen 1 saco) este rol del saco (del equivalente) no alcanza a verse con claridad, si se hace evidente cuando alguna mercancía particular -oro o plata- pasa ser el equivalente general, dinero. Entonces el cuerpo del oro (o la plata) "es" valor, lo encarna con su materialidad física; vemos una pila de oro y "vemos" la encarnación de la riqueza y el valor.

Por otra parte, la deducción de la necesidad del dinero para la realización del valor demuestra que el dinero no se explica por convenciones, creencias o instituciones, sino por la dialéctica de la mercancía. Si bien las instancias legales y políticas inciden en las formas dinerarias, las leyes económicas subyacentes que le dieron origen son determinantes. En esto la concepción de Marx se distingue de los

enfoques institucionalistas, no sólo de los neoclásicos, sino también de los poskeynesianos.²⁶

La contradicción entre producción privada y social

Es importante destacar que si los trabajos humanos deben compararse a través del intercambio de mercancías (de "cosas que valen") la razón última de esto reside en la contradicción existente entre el carácter a la vez social y privado de la producción mercantil. Para facilitar la comprensión de esta cuestión, expliquemos primero que una *contradicción* es una relación entre dos términos que son opuestos pero correlativos y, hasta cierto punto, idénticos.²⁷ Esto a primera vista parece un galimatías, pero es posible explicarlo de manera accesible con el caso que nos ocupa.

Hemos visto que por un lado la producción tiene un carácter social, ya que los seres humanos siempre trabajan en sociedad y comparan sus trabajos. Pero en la sociedad mercantil la producción al mismo tiempo es privada; esto es, estamos ante propietarios privados de los medios de producción que deciden cuánto y cómo van a producir, en principio con independencia de lo que están haciendo los otros productores. Tenemos entonces dos características opuestas, dos polos (social-privado) que son sin embargo correlativos ya que cada uno es "el" opuesto del otro (lo social es lo opuesto de privado, y viceversa). La producción es social -todos están inmersos en una división social del trabajo- pero al mismo tiempo es privada, porque cada uno decide cuánto y cómo producir. Pero no se trata de dos producciones -no se trabaja en un instante de manera privada y al instante siguiente de manera social- sino de una *única producción* que es a la vez social y privada. Así los polos social-privado hasta cierto punto son idénticos, porque no son sino aspectos de una misma realidad; pero al mismo tiempo son opuestos.²⁸ La producción es social -éste es su carácter general, correspondiente a toda sociedad- pero en la sociedad capitalista tenemos una producción particular, específica, que es a la vez privada. Esto indica que *la producción es contradictoria*, porque tiene lo negativo en sí misma; está "infectada" con la negación, ya que la forma privada niega el contenido del trabajo, que es social.²⁹ Sin embargo, no por eso la contradicción desemboca en la nada, como concluiría el entendimiento que sólo ve "o uno o lo otro", que piensa que la exclusión mutua de lo social y privado es absoluta. Para el enfoque dialéctico la exclusión no es absoluta, ni es incompatible con la unidad de ambos polos opuestos. Pero... ¿cómo pueden unirse estos opuestos? La solución está en el *movimiento*. Esto es, para

que la producción siga siendo al mismo tiempo social y privada debe darse la unidad a través un tercero, que es el movimiento: el movimiento de la mercancía y del mercado.³⁰ En este movimiento los opuestos se mantienen y desarrollan, pero contenidos en una unidad superior, que se manifestará en la oposición entre compra y venta, mercancía y dinero, u otras.

26- El keynesianismo tiene un enfoque institucional del dinero, al que vincula con la incertidumbre propia de las economías monetarias. "El dinero es ante todo, en sus atributos significativos, un sutil invento (*a subtle device*) para vincular el presente con el futuro"; Keynes, citado por Davidson (1972) p. 142. El dinero surgiría de la necesidad de postergar decisiones ante la incertidumbre, y mantener abiertas las opciones en lo que respecta a comprometer recursos; véase Davidson (1972) capítulo 6. Sin negar los muchos puntos válidos de la crítica keynesiana al equilibrio walrasiano, hay que señalar sin embargo que la incertidumbre en la que hacen tanto hincapié los poskeynesianos remite a una cuestión esencial que pasan por alto: la validación social de los trabajos privados, validación que sólo puede realizarse a partir de que la mercancía se metamorfosee en dinero. Pero esto presupone la existencia del dinero que surge de la dialéctica de la mercancía, del desarrollo del mercado.

27- Muchas veces se identifica la contradicción con cualquier oposición. Pero dos equipos de fútbol pueden estar en oposición, sin constituir por eso una contradicción. En la contradicción los polos se implican mutuamente; esto es, uno no puede pensarse sin referencia al otro. Por caso, cuando hablo de lo "positivo", tengo presente de alguna manera que está correlacionado e implicado por "su" opuesto, lo "negativo". Precisamente porque existe esta "identidad" -los términos se correlacionan, uno remite al otro- la oposición es más aguda también.

28- Con lo que tenemos el famoso principio de Hegel de la identidad de los opuestos.

29- Obsérvese que se trata de una negación determinada; esto es, la negación de lo social no es cualquier negación, sino una negación determinada -lo privado- que da lugar a una producción específica, la producción mercantil. Por otra parte, debería distinguirse entre la contradicción "real" y la contradicción lógica; esta última conlleva la incoherencia del pensamiento. Aunque no lo podemos desarrollar aquí, anotemos que no es lo mismo decir que la producción es al mismo tiempo social y privada (contradicción real de la sociedad capitalista) que decir que, al mismo tiempo y "en el mismo respecto", la producción es social y no es social (incoherencia lógica). En este último caso se niega completamente el primer rasgo, de manera que no se admite la existencia de ambas características contradictorias en el mismo sujeto. Dicho de otra manera, no es lo mismo decir "A es A y no A"; que decir "A es A y A no es A". En este último caso tenemos una contradicción lógica. En el primer caso, la contradicción puede caber en una unidad superior, ya que A contiene la identidad y la diferencia. La contradicción dialéctica no debería permitir el disparate, la incoherencia lógica; aunque muchos utilizan la dialéctica para justificar cualquier disparate. Para una discusión de estas cuestiones véase Berti (ed.) y AA.VV. (1977).

30- "El desarrollo de la mercancía no suprime esas contradicciones, mas engendra la forma en que pueden moverse. Es éste, en general, el método por el cual se restituyen las contradicciones reales." [Marx (1999) t. 1 p. 127].

El valor, articulación de producción y mercado

Por lo tanto la manera en que los trabajos privados pasan a ser sociales es a través de la venta de las mercancías, mediante la realización de los valores en el mercado. Es aquí, en el mercado, donde los trabajos privados reciben su "sanción social", son aceptados (o no) en cuanto partes integrantes de la totalidad del trabajo social. Y lo son a través del lenguaje de las mercancías y del valor. Cuando en el mercado se acepta que los 20 metros de tela "valen" 1 saco, se está sancionando al trabajo humano empleado en la producción de la tela como generador de valor. Es a partir de esa validación social que el trabajo humano puede contarse como valor, esto es, como trabajo humano objetivado, cosificado. Por eso el valor no es mero trabajo humano invertido en la producción, como pensaba Ricardo. Si así fuera, bastaría con el gasto humano de energía para que hubiera valor; con lo cual, además, el valor pasaría a ser una categoría a-histórica, natural. El trabajo humano sólo genera valor en la medida en que reciba la sanción del mercado, en la medida en que el valor relativo de la mercancía encuentre su valor equivalente en el acto de venta.

Aunque esto parezca un poco difícil de captar, observemos que en el lenguaje cotidiano registramos este hecho: si por algún motivo la mercancía no se puede vender, decimos que "no vale", aunque se haya empleado trabajo. Se empleó trabajo, pero este trabajo no creó valor. De manera que "el concepto de valor apunta a una articulación de producción y circulación" [De Vroey (1981) p. 177]. Sin el mercado, aunque haya producción, no hay valor. Sin producción tampoco hay valor, aunque haya precio.

De nuevo, recurriendo a las figuras del pensamiento dialéctico, se puede decir que en esto están implicadas tanto la relación "hacia sí mismo", como la relación "hacia el otro". La relación "hacia sí mismo" alude a la identidad, a la sustancia más propia del valor, el trabajo humano. Pero se trata de un trabajo humano específico, particular (tiene en sí la diferencia) y este es el lado de la "relación con lo otro", con el equivalente, con el mercado. Ambos pares (relación hacia sí y relación hacia otro) son dos lados del mismo fenómeno, el valor; esto es, son distintos y opuestos, pero al mismo tiempo no existen sin referirse uno al otro, y por eso mismo también son idénticos. La relación "hacia sí", que alude a la sustancia, nos dice que el valor existe sobre su propia base, es un ser que hasta cierto punto es independiente del resto. Este es el lado que toma quien interpreta a Marx con ojos ricardianos; absolutiza

la sustancia, la referencia hacia sí, y saca como conclusión que el valor es mera sustancia autosuficiente, como si fuera una entidad física. La relación "hacia el otro", que alude al equivalente, al mercado, nos dice que el valor depende "de otros", que no es un existente absoluto, sino relativo; es una relación. Aunque ya vimos que no es sólo relación, que tiene "espesor propio"; si este último aspecto no se entiende, se llega a pensar que el valor es sólo mercado. La clave de todo esto está en comprender la identidad de la identidad y la diferencia; que es un poco el corazón del movimiento dialéctico.³¹

Por lo demás, se puede ver ahora que en el origen de otras varias relaciones de opuestos, a saber: valor de uso-valor; trabajo concreto-trabajo abstracto; contenido-forma del valor; mercancía-dinero, se encuentra una contradicción fundante, ineludible, la contradicción entre el carácter social y privado de la producción mercantil.

La distinción de Marx entre trabajo concreto y abstracto

Lo discutido hasta aquí nos permite profundizar en una cuestión que ha sido debatida largamente, el rol que cumple la distinción entre trabajo abstracto y concreto en la teoría de Marx, y su diferencia con el enfoque ricardiano. Recordemos que Marx plantea que el trabajo es "concreto" en tanto es gasto humano de energía "en una forma particular y orientada a un fin", la producción de valores de uso [(1999) t. 1 p. 57]. Pero al mismo tiempo el trabajo es "abstracto", en tanto representa "gasto de fuerza humana de trabajo en un sentido fisiológico", o sea, es "trabajo humano igual" o "trabajo abstractamente humano"; y en esta condición es "como constituye el valor de la mercancía" (ibid). Con respecto a estos conceptos se ha debatido si Marx fue el primero en haber distinguido estos dos aspectos del trabajo, y si esta diferenciación constituye su ruptura decisiva con la Economía Política. En segundo lugar, se ha discutido si la categoría de trabajo abstracto sólo es aplicable a la sociedad mercantil, o puede extenderse a otras sociedades. En particular Rubin, en un libro que ha constituido un hito en los estudios marxistas sobre la ley del valor, sostuvo que el trabajo abstracto es específico de la sociedad productora de mercancías.³²

31- Estas figuras del pensamiento de la identidad (relación hacia sí) y la diferencia (relación hacia el otro) se pueden aplicar a otros ámbitos de la realidad. Por ejemplo, todos somos tanto "relación con nosotros mismos", como "relación con los otros". Esto es, no nos disolvemos en la mera relación con otros, porque tenemos subsistencia, independencia. Pero al mismo tiempo somos, hasta cierto grado, en la medida en que estamos en relación con otros.

Con respecto a la primera cuestión, es un hecho que Marx consideraba que su distinción entre trabajo abstracto y trabajo concreto constituía una de las claves de su teoría del valor. Así, en una carta a Engels destacó como uno de los dos aportes más importantes de su libro el haber puesto de relieve “el doble carácter del trabajo” e insistió en que “en esto descansa toda la comprensión de los hechos” [Marx y Engels (1983) p. 111]. Y en el primer capítulo de *El Capital*, luego de señalar que había sido el primero en analizar críticamente el doble carácter del trabajo representado por la mercancía, agregó que en torno a este punto “gira la comprensión de la economía política” (p. 51). De este pasaje muchos concluyen que Marx fue el primero en haber diferenciado las dos facetas del trabajo, y que ésta constituye la diferencia fundamental entre la teoría del valor marxiana y la economía clásica.

Sin embargo, si bien es cierto que la cuestión del trabajo abstracto/concreto es una diferencia importante entre Ricardo y Marx, tiene razón Mohun cuando afirma que la misma “no diferencia conceptualmente de manera obvia la teoría marxiana de la ricardiana, a pesar de la más elaborada terminología de Marx” [(1994) p. 217]. Es necesario entonces clarificar por qué es importante esta distinción, y también cuál es la relación entre Marx y la tradición clásica en este tema.

Comenzamos aclarando que Marx *no fue el primero en distinguir* entre trabajo abstracto y trabajo concreto. Obsérvese que en el pasaje de *El Capital* antes citado Marx sólo dice que él fue el primero en analizar *críticamente* la distinción entre trabajo abstracto y concreto. Pero además, en un texto anterior Marx planteó que los economistas ingleses ya habían llegado a la concepción de trabajo “simple” (*unskilled labour*), el trabajo que puede “efectuar cualquier individuo medio de una sociedad dada” considerado como gasto de “músculo, nervio, cerebro humano” [(1980) p. 13]. Efectivamente, Adam Smith se refiere a la cantidad de trabajo “como una noción abstracta, que aun siendo bastante inteligible, no es tan natural y obvia” [(1987) p. 33]. Y Marx consideraba que James Steuart había distinguido entre trabajo abstracto y concreto:

32- Rubin sostiene no sólo que el trabajo, entendido en el sentido fisiológico del término no es directamente generador de valor, sino también que el trabajo abstracto debe ser entendido como una categoría meramente social “en la cual no podemos encontrar un átomo de materia” [(1987) p. 189]. En su opinión, la idea de que el trabajo abstracto existe en sociedades no mercantiles encierra una concepción fisiológica del mismo.

Lo que distingue a Steuart de sus predecesores y de sus continuadores es su aguda distinción entre el trabajo específicamente social, que se manifiesta en el valor de cambio, y el trabajo real, que tiende a la obtención de valores de uso [Marx (1980) p. 43].

Sin embargo, y a pesar de estos precedentes, la diferencia entre trabajo abstracto y concreto no estaba completamente elaborada por los economistas clásicos. Como observa Marx en *El Capital* (t. 1 pp. 97-98 nota 31), la economía política burguesa nunca tuvo una clara conciencia de esa distinción y su significado. Más bien la utilizó “de forma natural”, ya que en algunos momentos consideró al trabajo en su aspecto cuantitativo, y en otros desde el punto de vista cualitativo. En particular Ricardo, como señala Marx, “distingue pobremente el carácter bifacético del trabajo” (*ibid.*). En este respecto sí se puede afirmar que Marx fue el primer autor que tuvo una clara conciencia del doble carácter del trabajo y de su importancia para la comprensión de la sociedad capitalista.

Trabajo abstracto, contenido fisiológico y determinación social

El tema anterior enlaza entonces con la cuestión planteada por Rubin, de hasta qué punto se puede considerar que la categoría de trabajo abstracto es específica de la sociedad productora de mercancías.

¿Existía el trabajo abstracto en las sociedades precapitalistas?

Con respecto a este punto es imprescindible adoptar un enfoque dialéctico, o sea, evitar caer en respuestas del tipo “sí, existía en términos absolutos”, o “no existía en absoluto”. Es que *en cierto sentido* el trabajo abstracto sí existió en sociedades precapitalistas, *en cuanto su base es el gasto humano de energía, de nervios y músculos*. Olvidarse de este fundamento es pasar por alto la base materialista que tiene el contenido del valor, el gasto humano de energía, y el hecho que los seres humanos siempre tuvieron que comparar tiempos de trabajo en cuanto gasto humano de energía. Por eso Marx –véase su “Introducción a la Crítica de la Economía Política”- dice que el trabajo, considerado como universalidad abstracta, es una categoría que expresa la relación “más simple y antigua en que entran los hombres cualquiera sea la forma de sociedad” [(1980) p. 305]. El gasto humano de energía es una realidad que siempre hay que tener en cuenta. Es “en este sentido” que se puede decir que el trabajo abstracto existía en sociedades no productoras de mercancías.

Sin embargo, a continuación de este pasaje Marx añade que esto es cierto “en un sentido. Pero no en el otro” [(1980) p. 305]. Es que, en primer lugar, en las sociedades precapitalistas la abstracción no ha adquirido realidad práctica, porque sólo cuando se llega a una totalidad muy desarrollada de géneros de trabajos reales, ninguno de los cuales predomina sobre los demás, la indiferencia frente a un género determinado de trabajo deja de ser una mera categoría para convertirse en una realidad. Sólo en la sociedad capitalista el trabajo se ha convertido, para millones y millones de asalariados, en un simple “gasto humano de energía”, en “trabajo simple”, aunque los tipos de trabajos concretos y los valores de uso que producen sean muy diversos.

Pero en segundo lugar en la sociedad capitalista el trabajo abstracto adquiere “realidad práctica” ya que se produce un desdoblamiento en el carácter social del trabajo *porque el gasto humano de energía ya no está presupuesto en la particularidad del trabajo*. Ahora los trabajos privados para validarse socialmente deben generar valor. Por eso el trabajo privado adquiere un doble carácter social. Esto es, para que el trabajo privado sea social deben cumplirse dos condiciones: a) debe ser productor de valores de uso; b) debe ser productor de valor. En otras palabras, en tanto concretos, los trabajos deben satisfacer determinadas necesidades sociales. Pero sólo satisfacen esas necesidades de los productores en tanto generen valor. Por eso el contenido, el tiempo de trabajo humano, necesita objetivarse, como hemos explicado, y lo hace a través de la forma del valor. Es *en este sentido* que el trabajo abstracto sólo existe en la sociedad mercantil; éste sería el elemento de verdad en la tesis de Rubin. En la sociedad productora de mercancías el trabajo debe aparecer como masa indiferenciada de trabajo humano. En cambio en la sociedad precapitalista el trabajo no aparece de esta manera, ya que se lo compara a través de la particularidad de cada trabajo; aquí el trabajo, como gasto humano de energía, se adhiere al individuo como una particularidad suya. Por eso Marx sostiene que en esas sociedades el trabajo en su forma natural, en su particularidad, esto es, como trabajo concreto, es directamente social. Así, refiriéndose a la familia patriarcal rural dice que “los diversos trabajos en que son generados [los] productos... en su forma natural son funciones sociales” (p. 95). Y el trabajo, considerado como “gasto humano de energía” es una determinación del mismo trabajo:

...aquí el gasto de fuerzas individuales de trabajo, medido por su duración, se pone de manifiesto desde un primer momento como determinación social de los trabajos mismos, puesto que

las fuerzas individuales de trabajo sólo actúan, desde su origen, como órganos de fuerza de trabajo colectiva de la familia [Marx (1999) p. 95].

Por eso en la Edad Media, por ejemplo, los trabajos no tenían que asumir “una forma fantástica diferente de su realidad” [Marx (1999) p. 94]. En la sociedad no mercantil no se trabaja para producir valor, sino valor de uso; por lo tanto no se emplea tiempo de trabajo en el sentido abstracto, como mero gasto de energía, para generar valor. Esto último sólo sucede en la sociedad mercantil, y más específicamente, en la sociedad capitalista, cuando se generaliza la producción de mercancías. En esta sociedad se trabaja con el objetivo de generar valor, aunque para esto haya que crear valores de uso. Es esta escisión, este doble carácter del trabajo, el que está en la base de la contradicción entre el desarrollo de la producción material de riqueza –desarrollo de las fuerzas productivas- y la tendencia a la caída de la tasa de ganancia, esto es, de la valorización del capital. El capital debe producir valor y valor de uso, pero ambos son opuestos, contradictorios; y esta contradicción estallará en crisis periódicas. Es por esto también que Marx sostiene que en torno a esta distinción entre trabajo concreto y abstracto gira la comprensión de la economía política. En este sentido es importante tener conciencia de la determinación social del trabajo abstracto. Sin embargo, minusvalorar su contenido fisiológico, en cuanto constituye gasto humano de energía –un sesgo que se advierte en la interpretación de Rubin- puede llevar a pensar que el valor es un fenómeno puramente de mercado.

El trueque generalizado no existe

El análisis del valor nos ha demostrado que el equivalente es necesario para que haya valor. Lo cual demuestra además que el trueque generalizado no puede existir. El tema es tratado por Marx con mayor amplitud en el capítulo 2 de *El Capital*. Es que la contradicción entre el carácter social-privado se manifiesta en que cada productor tiene un valor de uso para sí en una mercancía que quiere realizar por su valor, a fin de procurarse los valores de uso que necesita. O sea, para satisfacer sus necesidades individuales la mercancía que posee debe pasar por la sanción social del mercado. Pero en la medida en que no exista el dinero –el equivalente general- cada productor estará obligado a intentar convertir a su mercancía particular en equivalente general. Sin embargo si todos los particulares quieren tener el rol universal de expresar valor, ninguno lo podrá tener. Esta contradicción, que remite a la contradicción social-privado, se expresará en la imposibilidad de conciliar las

necesidades personales de consumo con la exigencia de intercambiar según los valores. Para ponerlo en palabras más sencillas, si he fabricado una mesa y quiero cambiarla por cepillo de dientes + kilo de pan + camisa; y si con cada uno de los productores sucede algo similar, el intercambio es imposible. Vimos en el capítulo anterior cómo con un modelo formal muy sencillo se puede demostrar que el trueque generalizado, a través de actos descentralizados, no existe. La causa última de esta imposibilidad reside en la dialéctica de la mercancía y las contradicciones que la atraviesan.

Trabajo socialmente necesario, segunda determinación

Lo anterior permite a su vez comprender por qué la categoría de trabajo "socialmente necesario" tiene dos determinaciones. Una primera, ya la hemos visto, se relaciona con la productividad del trabajo. La segunda tiene que ver con que al llegar al mercado el productor debe encontrar una demanda acorde. Marx lo explica con el caso del tejedor que, habiendo producido según la tecnología imperante, no encuentra compradores porque demasiados tejedores se han volcado a producir tela:

Si el estómago del mercado no puede absorber la cantidad de lienzo al precio normal de 2 chelines por vara, ello demuestra que se consumió, bajo la forma de la fabricación del lienzo, una parte excesivamente grande del tiempo de trabajo social en su conjunto. El resultado es el mismo que si cada uno de los tejedores hubiera empleado en su producto individual más tiempo de trabajo que el socialmente necesario [Marx (1999) t. 1 p. 131].

Esto reafirma la concepción social del valor; para que se genere valor, el trabajo debe ser vertido en la cantidad apropiada en cada rama de la producción. El carácter anárquico de la producción capitalista lleva a que constantemente haya ramas en las que se produce demasiado para lo que puede absorber el mercado; y ramas en las que se produce demasiado poco. Sólo a través de este lenguaje de los precios las fuerzas del trabajo social total se distribuyen entre las diversas ramas productivas.

Dialéctica entre contenido y forma

Hemos visto que el contenido del valor es tiempo de trabajo humano objetivado; y que éste se manifiesta a través de la forma del

valor. Nótese sin embargo que no se trata de una mera manifestación, sino que a su vez esta forma de aparición "estructura", "hace" al contenido; si no hay forma del valor, no hay tiempo de trabajo humano objetivado, que es el contenido del valor. Esta concepción de la forma, que afecta al contenido, tiene que ver también con la concepción dialéctica de Hegel. Es que en contraposición con los que piensan que la forma es externa al contenido, Hegel consideraba que, si bien existen formas que no afectan a los contenidos -son "inesenciales"-, otras formas sí lo afectan, hasta el punto que el contenido no puede existir sin esta forma. Un ejemplo -que es de Hegel- tomado del arte nos puede ilustrar el asunto. Si la tapa de un libro de literatura es de cuero o de papel, estamos ante una forma que no afecta al contenido del libro; decimos que es una "cuestión de forma", como diciendo "sin importancia". Pero si el libro está mal escrito, decimos que es "deforme"; o sea, aludimos también a la forma, pero ahora dándole otra importancia, porque queremos significar que su contenido está afectado. Es que, aunque el contenido pretenda ser profundo o sublime, la forma lo puede afectar tan decisivamente que incluso lo podemos considerar ridículo o absurdo [Hegel (1970) p. 265, *Zusatz*]. Presentemos otro ejemplo. La estatua de Miguel Ángel "La piedad" tiene, al margen de su especificidad religiosa, un contenido referido a un sentimiento humano universal. Pero ese contenido no existe sin la forma de la estatua; si Miguel Ángel no hubiera logrado esa forma, ese contenido no estaría objetivado en la estatua. *Mutatis mutandi*, si la forma del valor no existe, el trabajo humano no se objetiva. Esto es, *la forma hace al contenido, lo afecta profundamente*. Se comprenderá entonces por qué el apartado de *El Capital* sobre la forma del valor es clave para la comprensión del capítulo sobre la mercancía, y en general para la teoría del valor.

Formas esenciales y no esenciales, y precios

La explicación anterior puede ayudar a entender una cuestión que algunos pueden ver como una contradicción lógica en Marx; es la siguiente:

En el primer apartado del capítulo 3 Marx dice que si 2 libras esterlinas son la expresión monetaria del valor contenido en un quarter de trigo -o sea, su precio-, puede haber circunstancias que permitan cotizarlo a 3 libras, o bien obliguen a tasarlo a 1 libra esterlina. Pero, sigue Marx, si el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir el trigo no se altera, se trataría sólo de incongruencias cuantitativas entre el contenido del valor, el trabajo invertido, y su forma de expresión, el precio.

En otras palabras, la cantidad del valor expresaría una relación “necesaria e inmanente” con el tiempo de trabajo; pero esta relación podría expresarse en el intercambio como un más o un menos del precio (3 o 1 libra) con respecto al precio normal (2 libras). Aquí pareciera entonces que, independientemente del precio circunstancial, deberíamos considerar al valor como dado, y que la forma del valor no afecta al contenido. Pero, por otra parte, pocas páginas después Marx dice, como hemos visto, que si el vendedor de tela debe entregarla por debajo de su precio normal, parte del trabajo empleado no cuenta como generador de valor. Aquí la forma afecta directamente al contenido. ¿No son lógicamente incoherentes las dos presentaciones?

La respuesta, en nuestra opinión, está contenida en lo que explicamos antes sobre la relación entre diversas formas y contenido. Si las oscilaciones de precios son circunstanciales y aleatorias, se puede decir que no afectan al contenido. Esto es, los productores no se ven obligados a modificar las tecnologías productivas o a mudar de actividad a consecuencia de ese movimiento de precios. Son formas inesenciales, que se inscriben dentro del movimiento aleatorio de los precios. Permanentemente las mercancías se venden por un más o un menos en relación al precio “normal”, y éste se podría considerar como la media. En este caso la incongruencia cuantitativa no afecta el contenido, que se establece como promedio. Sin embargo si, por ejemplo, en determinado momento los precios en una rama comienzan a mostrar una tendencia sistemática a la baja, como resultado de persistentes excedentes en la oferta, el contenido es afectado. En este caso hay que concluir que el precio promedio se ha modificado; lo que está indicando que tiempo de trabajo humano invertido no es validado en el mercado. De manera que se deben trasladar fuerzas de trabajo y medios a otra rama de la producción; la forma ha afectado al contenido.

Estas cuestiones cobrarán importancia cuando discutamos el mercado mundial y la formación de precios. En nuestra exposición supondremos que la oferta se iguala con la demanda, para evitar complicaciones secundarias en la exposición. Pero deberá tenerse presente que se trata de una hipótesis simplificadora; en el mercado real los precios oscilan en torno a promedios, así como experimentan movimientos tendenciales consistentes con los cambios en los tiempos de trabajo socialmente necesarios, en las dos determinaciones que hemos analizado.

Una vez más, la relación Ricardo - Marx

En base a lo anterior debería aclararse la importante diferencia entre la teoría del valor de Marx y la de Ricardo. Esta es una cuestión que algunos marxistas han pasado por alto, tal vez por una visión estrechamente “productivista” de la teoría del valor de Marx, que termina así asimilada a la de Ricardo. Un caso paradigmático de esta interpretación es Maurice Dobb, quien sostiene que Marx habría “tomado” de la Economía Política clásica la ley del valor, y a lo sumo la habría desarrollado “en aspectos importantes” [(1973) p. 52]. Por eso interpreta que:

... [l]a diferencia esencial entre Marx y la Economía Política clásica reside... en la teoría de la plusvalía [Dobb (1973) p. 57].

En esta visión se advierte una minusvaloración del rol del mercado, que es concebido como “mera *apariciencia* en la superficie”, ya que la sociedad económica debería

... ser interpretada y comprendida en términos de condiciones y relaciones sociales entre los hombres en el seno de la producción.³³

Sin embargo hemos visto que en la teoría del valor de Marx el mercado no es mera *apariciencia* en la superficie, sino una forma esencial porque es inherente a, y “hace” al, contenido.³⁴

33- Dobb, citado en Bianchi (1975) p. 38.

34- En el movimiento dialéctico que pasa de la esfera del ser a la esencia (de la superficie al “interior” de la cosa), la esfera del ser que se deja atrás aparece como “la nada”, como lo completamente “sin importancia” (ver la primera parte de la doctrina de la esencia, en la *Lógica* de Hegel). Pero con el “regreso” desde la esencia a la manifestación nos es revelado que la forma también es esencial. Está en la naturaleza de la esencia el manifestarse (de lo contrario sería un “en sí”, un no ser) y por lo tanto no puede haber contenido sin forma. En las transiciones del capítulo primero de *El Capital* están presentes estas dos maneras de considerar la forma. En una primera instancia el valor de cambio se nos aparece como lo completamente inessential, una mera *apariciencia*, y todo lo que importa parece ser la sustancia del valor, a la que llegamos por deducción. Pero luego se mostrará, en el camino de regreso hacia la forma, que ésta es clave para la existencia del contenido, del trabajo objetivado. El ricardiano -y el marxista que lee a Marx en clave ricardiana- se queda sólo en el primer movimiento.

Pero el cuestionamiento de esta forma conlleva una crítica de la sociedad, crítica que Ricardo jamás esbozó siquiera. Por eso la teoría del valor de Marx no es un mero desarrollo de la teoría de Ricardo, sino *esencialmente su crítica*. Concretamente, Marx critica a Ricardo por no haber prestado atención a la forma del valor, y por lo tanto por haber descuidado “la conexión interna entre el valor y la forma del valor, o valor de cambio” [Marx (1999) t. 1 p. 102 nota 36]. Este descuido por la forma social se evidencia en que Ricardo nunca cuestionó la forma específica del trabajo humano que constituye la sustancia del valor. Esto es, jamás tuvo en cuenta que *se trata de una forma determinada de trabajo*, la realizada bajo la forma de la propiedad privada de los medios de producción, y que por lo tanto para ser social debe producir no sólo valores de uso, sino también valores. Por eso Ricardo consideró que bastaba que hubiera trabajo invertido para que exista el valor; con lo cual naturalizó el valor y lo convirtió en una categoría a-histórica. Es que si valor es sinónimo de trabajo invertido, habría habido “valor” en la primera piedra trabajada por el hombre de las cavernas. Por eso mismo también Ricardo pasa por alto el fetichismo de la mercancía que es inherente a las relaciones sociales cosificadas. A su vez, como tampoco problematizó la realización del valor, consideró al dinero como un simple medio de cambio, destinado a circular. De manera que la idea del dinero como encarnación del valor fue ajena a su visión; de ahí también su aceptación de la ley de Say y de la teoría cuantitativa del dinero. Todas cuestiones orgánicamente vinculadas con la concepción del valor; por lo que no es casual que Marx considerara la teoría monetaria como la verdadera prueba de fuego de una teoría del valor. Por lo tanto la crítica a la economía política burguesa de Marx no comienza en la teoría de la plusvalía, como pensaba Dobb, sino ya está presente en el análisis de la mercancía y el valor. En particular, la crítica a la idea de que el trabajo tiene valor la encontramos en el primer capítulo de *El Capital*, cuando se explica que el trabajo en estado líquido crea valor, pero no es valor. Y la crítica a la idea del “valor del trabajo” fue clave para desentrañar la aporía en que se atascaba Ricardo a la hora de explicar la ganancia (o la plusvalía).³⁵ Se puede ver con esto que la teoría de la plusvalía de Marx está orgánicamente vinculada a su teoría del valor. La teoría del valor de Ricardo jamás podía establecer este vínculo.

35- Ricardo consideraba que la fuente del valor es el trabajo, pero al mismo tiempo hablaba del “valor del trabajo” como equivalente al valor de la fuerza de trabajo (o salario). Pero si al obrero se le paga “el valor del trabajo”, ¿de dónde sale la ganancia del capital? Ricardo nunca pudo desentrañar esta cuestión.

Por otra parte, de las diferencias analizadas entre ambas teorías del valor no debiera sacarse como conclusión que la teoría de Marx es una ruptura completa con la teoría del valor de Ricardo.³⁶ Marx se levanta sobre la obra de Ricardo, y en este sentido, si bien es crítica y ruptura, también contiene el elemento de *continuidad y preservación*. Marx era consciente de su deuda con Ricardo, y rindió homenaje a este gran pensador en pasajes como el siguiente:

La base, el punto de partida para la fisiología del sistema burgués –para la comprensión de su coherencia interna y sus procesos vitales- es la determinación del *valor por el tiempo de trabajo*. Ricardo parte de ahí y obliga a la ciencia a salir de sus carriles, a explicar la medida en que las otras categorías... desarrolladas y descritas por ella corresponden a dicha base, a ese punto de partida, o lo contradicen... Esta es, pues, la gran importancia histórica de Ricardo para la ciencia [Marx (1975) t. 2 p. 141].

Este doble movimiento de criticar y al mismo tiempo conservar también está en el centro del movimiento dialéctico. Es que lo “nuevo” nunca es completamente “nuevo”, sino contiene también “lo viejo”, pero criticado. En alemán existe el término *Aufheben* que tiene este doble sentido de “mantener” y al mismo tiempo “hacer cesar”, “poner fin” [Hegel (1968) p. 97]; término que sirve para expresar la relación entre la teoría del valor de Marx con respecto a la teoría de Ricardo.

Una teoría sobre la realidad del capitalismo

A pesar del desprecio y de las condenas teóricas del mundo académico oficial, la teoría del valor-trabajo de Marx no padece los problemas, incoherencias y falta de conexión con la realidad que afectan a la teoría neoclásica del valor. La teoría del valor trabajo está orgánicamente vinculada a una concepción de la sociedad dividida en clases sociales, con intereses económicos definidos; de manera que no entran supuestos carentes de conexión con la realidad, como “precios dados”, mercados “perfectos”, equilibrio general. La teoría tampoco exige ningún supuesto especial sobre las pendientes de las curvas de oferta y demanda.

36- Es la posición de Dostaler (1980), quien considera que Marx sobrevaloró el aporte de Ricardo. Se trata de una interpretación influenciada por Althusser y su tesis sobre la “ruptura epistemológica” de Marx con todo lo precedente.

Por otra parte, el supuesto del equilibrio entre la oferta y la demanda puede hacerse provisoriamente, a los efectos del análisis económico. Sin embargo la posibilidad y necesidad del desequilibrio es inherente a la teoría del valor de Marx. Por lo tanto, que el valor no se realice por falta de ventas no altera –sino todo lo contrario– la coherencia lógica de la teoría. Desde el punto de vista de la concepción histórico general, la teoría del valor trabajo conecta además con la realidad de la producción y reproducción de la vida humana (véase carta de Marx a Kugelmann, de 1868, citada). Ningún supuesto sobre la “desutilidad” del trabajo está metido aquí, sino todo lo contrario. En cuanto a la realidad del capitalismo, la teoría del valor trabajo de Marx conecta lógicamente con la crítica a la idea de “valor del trabajo” y la elaboración de la categoría fuerza de trabajo. Esta última puede explicar la dinámica de los mercados laborales y la relación capital – trabajo como una relación de conflicto; ninguna hipótesis como la de “optimización entre ocio y trabajo” se introduce aquí.

En cuanto al dinero, éste “no cae del cielo”, como sucede con los neoclásicos, sino surge con la circulación mercantil y es inherente a la producción capitalista. Su concepto está definido a partir de las contradicciones de la mercancía, y sus funciones –capítulo 3 de *El Capital*– conectan lógicamente con éste; la primera función, dinero como medida de valor, se deriva del concepto, el equivalente como encarnación del valor. Por lo que hace al capital y al ciclo de valorización, la teoría del plusvalor y la valorización del valor adelantado se derivan de lo anterior. De la misma manera que las tendencias del capitalismo a la centralización y concentración del capital encuentran aquí una base para ser explicadas.

Una teoría que explica la historia de la teoría

La teoría del valor trabajo también puede dar cuenta de los condicionamientos políticos y sociales que en su momento ayudaron a su surgimiento y luego a su rechazo por el pensamiento “oficial”. La diferencia en este punto con la teoría neoclásica es marcada. Es que la teoría neoclásica, en la medida en que articula sus explicaciones a partir de lo individual y psicológico, no puede dar una explicación coherente de por qué en determinado momento prevaleció la teoría del valor trabajo y luego la hegemonía pasó a la neoclásica. A lo sumo, serían debilidades de razonamiento las que habrían desviado el curso hacia la teoría del valor trabajo, y una mejora en la calidad del pensamiento –a partir de 1870– la que habría llevado a los economistas hacia el sistema neoclásico. En

correlato con su explicación basada en los átomos racionales, encapsulados en sus gustos y preferencias, la historia de la teoría se desenvuelve también en una caja de cristal. Los “gustos y preferencias” de los economistas por las diversas teorías parecen sucederse con independencia de cualquier interés político o social.

La teoría del valor trabajo, por el contrario, vincula su nacimiento con el surgimiento de la sociedad burguesa, ya que en su origen da un fundamento teórico a la propiedad burguesa y en consecuencia brinda argumentos contra la propiedad feudal.³⁷ Efectivamente, en cuanto ley que rige los intercambios de equivalentes, la ley del valor trabajo es “la ley de la propiedad privada”, que descansa en la producción y circulación de mercancías. Sin embargo, “obedeciendo a su dialéctica propia, interna e inevitable” se trastrueca “en su contrario directo”, [Marx (1999) t. 1 pp. 720-721; énfasis añadido] y allí radica la razón de su posterior rechazo por la teoría burguesa. Es que lo que aparecía originariamente como intercambio de valores equivalentes pasa a ser, con el intercambio entre el capital y el trabajo, intercambio de no equivalentes. Así, la relación de cambio entre el capitalista y el obrero:

...se convierte en nada más que una apariencia correspondiente al proceso de circulación, en una mera forma que es extraña al contenido y no hace más que mistificarlo [Marx (1999) t.1 p. 721].

En la forma parece que se intercambian equivalentes, pero de contenido el capitalista cambia una mayor cantidad de trabajo vivo por una cantidad menor de trabajo materializado. Es el proceso de producción de plusvalía. De manera que en un principio la ley del valor parecía fundamentar la propiedad privada en el propio trabajo, pero en la producción capitalista la ley se convierte “en el derecho de apropiarse de trabajo ajeno impago” y

[I]a escisión entre propiedad y trabajo se convierte en la consecuencia necesaria de una ley que aparentemente partía de ambos (ibid.; énfasis añadido).³⁸

37- Locke trataba de demostrar que “la propiedad individual puede crearse por el trabajo individual” [Marx (1975) t. 1 p. 307]. Marx destaca también que constituyó “la expresión clásica de las ideas de derecho de la sociedad burguesa, en contraposición a la sociedad feudal” (ibid. p. 308).

38- Destacamos que Marx alude a una lógica “inevitable”, “inexorable”. La consecuencia es “necesaria” a partir de la dialéctica del valor. Volvemos sobre este aspecto en el capítulo 10.

CAPÍTULO 3

La transformación de valores a precios

No es casual entonces que, a medida que la lucha de clases se agudizara hacia fines del siglo 19 -la Comuna de París ocurre en 1871-, creciera el interés por desterrar todo vestigio de la teoría del valor trabajo. Es cierto que los primeros marginalistas -Walras, Jevons y Menger- no tenían presente a Marx al momento de dar a conocer su obra; también es verdad que los teóricos ingleses del marginalismo de fines del siglo 19 no tenían como enemigo a Marx, sino a Ricardo, cuya teoría daba un fundamento a las reivindicaciones sindicales. Pero a medida que el peligro del socialismo creció en el continente europeo, la teoría del valor trabajo debía ser atacada con más y más virulencia, y finalmente proscrita formalmente. Por otra parte se puede responder ahora la pregunta que habíamos planteado en el capítulo anterior sobre ¿para qué sirve la teoría neoclásica del valor? Es claro que no sirve para explicar los rasgos esenciales del capitalismo. Sin embargo es funcional para ocultar que el origen de la ganancia es, lisa y sencillamente, trabajo humano no retribuido. Por lo tanto no es de extrañar que se haya elevado a la categoría de "la" ciencia económica institucionalmente reconocida por la sociedad burguesa.

La llamada transformación de valores a precios es el punto que inspiró las mayores críticas hacia *El Capital* y la teoría del valor trabajo. Dado que en un capítulo posterior utilizaremos el método de Marx para derivar los precios de producción, presentamos ahora el tema. Comenzamos examinando la cuestión tal como se le presentó originariamente a Ricardo; explicamos luego la solución de Marx; las críticas neoricardianas y su debate, y por último la solución propuesta por la escuela Temporalista (influenciada por el Nuevo Enfoque), que vuelve a lo esencial del planteo de Marx e influyó decisivamente en nuestro trabajo. Puntualizamos que no es nuestro objetivo ofrecer una historia completa de las controversias que se han desarrollado a lo largo de más de un siglo de debates, sino brindar una guía para la comprensión de las cuestiones centrales implicadas y una explicación de por qué optamos por la solución de Marx.¹ Por otra parte presentamos dos discusiones que han atravesado la teoría del valor: el debate sobre la posibilidad de medir los valores; y el llamado problema de la producción conjunta. Estas cuestiones nos permitirán responder a algunas críticas que se han dirigido a la teoría y ahondar en la relación entre valores y precios.

Valor y tasa de ganancia en Ricardo

El problema de la relación entre los tiempos de trabajo y los precios se le planteó a Ricardo a raíz de no poder conciliar su teoría del valor con el dato empírico de que capitales de igual magnitud deben rendir, tendencialmente, la misma tasa de ganancia. Se puede explicar el tema, en su aspecto esencial, con un ejemplo numérico.

1- Una visión histórica y amplia del debate tal como se desarrolló hasta el planteo de Bortkiewicz, puede verse en Dostaler (1980). También hay panoramas amplios en Fine y Harris (1979); Steedman et al. (1981); Mandel y Freeman (1984); Mohun (1994), entre otros.